

WANDA TOMMASI

Prácticas y teorías: un saber de experiencia.*

Quisiera hablar de la estrecha relación entre teorías y prácticas en el feminismo italiano desde los años 70 en adelante. A diferencia de lo que ocurre con gran parte del pensamiento masculino, en el cual el papel preeminente que juega el saber codificado comporta una desvalorización del saber práctico, en el feminismo que tiene sus raíces en las prácticas estamos tratando con un saber a través de la experiencia, que no separa la práctica de la teoría, sino que hace crecer a ambas al unísono. Esto, bien mirado, es un rasgo peculiar no sólo de una parte importante del feminismo, sino también del pensamiento femenino en general, cuando éste viene expresado de manera original, no subordinándose a los códigos masculinos.

Un ejemplo extraordinario lo constituye la mística femenina que, mucho antes que el feminismo, se basó en un saber a través de la experiencia, una experiencia, sin embargo, no separada de la teoría, sino capaz de subvertir -precisamente en virtud del saber conquistado- las concepciones teológicas y dogmáticas de la tradición religiosa. La gran Teresa de Ávila, por ejemplo, apela a la experiencia mística vivida por ella misma para oponerse a las imposiciones teológicas y doctrinales de los hombres de la Iglesia, de los doctos, de los letrados: "No diré nada que yo no haya largamente experimentado",¹ escribe Teresa para legitimar

* Traducción del italiano de Margarita Checa

una aventura espiritual que, en su época, muchos miraban con sospecha.

Una conciencia similar de la fecundidad del saber que nace de la experiencia la encontramos en una gran filósofa y mística del siglo XX, Simone Weil, cuando escribe que la filosofía es una “cosa en acto y en la práctica”.² Una cosa exclusivamente en acto y en la práctica, para Weil, es toda la filosofía, incluso la teórica: no se trata, pues, de una teoría aplicada a la actuación, como en la filosofía práctica de Aristóteles, sino de una práctica que lleva consigo un saber y de un saber que se encarna, vive y experimenta.

De la mística, además de la estrecha relación entre teoría y práctica y la consecuente capacidad de subvertir las concepciones teológicas codificadas, de lo cual ya he hablado hasta el momento, quisiera ahora subrayar un aspecto ya puesto en evidencia por Luisa Muraro en sus estudios sobre la mística femenina.³ La escritura mística deja abierto un pasaje, un vacío, un silencio en el que otra cosa puede ocurrir y llegar al ser: Dios, un imprevisto que puede incluso adoptar la forma de la libertad o de la trascendencia femenina. Una conciencia precisa de la extraordinaria fecundidad de la mística femenina, desde este punto de vista, se encuentra en Carla Lonzi, una importante feminista italiana de los años 70: ella hace de puente entre las escritoras místicas, a las que ella tenía en tanta estima, y las prácticas del feminismo, en primer lugar la de la autoconciencia, a la cual ella misma había dado vida en Italia.

Carla Lonzi lee apasionadamente a las místicas, en particular a Teresa de Lisieux y Teresa de Ávila, mujeres que, a pesar de los condicionamientos de la Iglesia, nunca dejaron de ser ellas mismas. En las escritoras místicas, Lonzi encuentra la capacidad de exploración del propio espacio interior y la de dar voz a la subjetividad femenina, generalmente acallada, a lo largo de la historia, por la intromisión de lo simbólico masculino. Encuentra, finalmente, un sentido de la trascendencia marcado por la diferencia femenina: para una mujer, a diferencia que para un hombre —escribe ella—, “vida y sentido de la vida se sobre-

ponen continuamente".⁴ Mientras que para un hombre la trascendencia se plantea como algo más allá, como una verticalidad que se aleja de la vida y de la materialidad de la existencia, una mujer se mueve continuamente de un lado a otro entre immanencia y trascendencia, entre vida y sentido de la vida. En Carla Lonzi está muy marcado el sentido de la "increíble desproporción" entre su yo y algo que lo excede: la libertad y la trascendencia femeninas, las cuales se han encarnado históricamente en las prácticas del feminismo.

La mística femenina nos habla, por ejemplo en Etty Hillesum, de Dios como silencio interior, como punto de perspectiva intrínseco a la experiencia de la vida, que nos permite no ser arrastradas por ella, sino tomar cierta distancia y darle sentido. La mística femenina nos transmite el sentido del ser como ser en relación: con Dios, con lo demás, con lo real. Con el fin de que haya relación con Dios, con lo Demás que deja lugar a toda alteridad en la existencia, son necesarios el silencio y el vacío, un pasaje en el existir en el cual el ser pueda suceder.

Este pasaje Carla Lonzi lo ha tenido abierto con cuidado, teniendo en cuenta la increíble desproporción entre ella y sus prácticas, por un lado, y la trascendencia femenina por otro: cuando estaba completamente ocupada en la búsqueda de sí misma, supo recibir lo "imprevisto" del feminismo⁵ como un don, una gracia, una ocasión en la cual otro –otro respeto hacia las identidades femeninas que para ella tenían tanto peso-, podía producirse.

La herencia de la mística se capta bien en Carla Lonzi, en su continuo deshacerse no solamente de las identidades femeninas codificadas, sino también de la identidad feminista conseguida con mucho esfuerzo a través de un camino diferente. De la misma manera que en las místicas, todo bien y todo logro son continuamente puestos en peligro y de nuevo en juego en la relación con Dios, también en Lonzi los logros del feminismo y sus prácticas son continuamente puestos de nuevo en juego y vuellos a lanzar a merced de un azar siempre renovado, con el fin de impedir la cristalización dogmática. Carla Lonzi escribe el *Diario*,

después de haber publicado algunos textos teóricos del feminismo como *Escupamos sobre Hegel*, precisamente para reaccionar ante la apropiación ideológica de los contenidos del feminismo por parte de algunas mujeres, quienes se habían apropiado de sus consignas, pero sin que a éstas correspondieran ni una práctica, ni una modificación de sí mismas. Lonzi escribe el *Diario* en el cual pone en juego su propia singularidad, para recordar y transmitir el "momento no prestigioso del feminismo", es decir, las prácticas en las que la diferencia femenina está presente. Con el *Diario* invita a cada una de las mujeres a partir de sí mismas, individualmente, afrontando los obstáculos y los conflictos que nacen de las relaciones entre mujeres, y también la prueba de la soledad, la cual considera una etapa necesaria para el nacimiento de una auténtica autonomía interior.

Como escribe María Zambrano a propósito de la confesión, también el diario es la "máxima acción que es dado ejecutar con la palabra":⁶ esto invita a quien lo lee a llevar a cabo un camino análogo al de quien lo ha escrito, pero a la vez, inevitablemente diferente, porque viene marcado por su propia singularidad.

Hoy en día, en el feminismo italiano de la diferencia, se renueva la invitación de Carla Lonzi a mirar el momento no prestigioso del feminismo, es decir, las prácticas, en las que la diferencia femenina está presente. No basta, sin embargo, sólo con mirarlas, hace falta también expresarlas en palabras, darles voz y consistencia simbólica.

Este trabajo de expresar en palabras, de dar voz a la diferencia femenina, no debe, sin embargo, llenarlo todo, sino que debe dejar algún vacío, algún espacio que indique en el lenguaje ese pasaje en el ser que permite a otra cosa, a lo "imprevisto", que suceda. No se trata, en otros términos, de tomar prestadas consignas como relación, autoridad femenina, etc., que algunas veces pueden caer en el peligro de convertirse en etiquetas adecuadas para toda situación, sino de encontrar en cada momento las palabras necesarias, que se correspondan con el propio sentir, con la concreción de las propias prácticas, con su

fecundidad, pero también con sus fracasos y tropiezos.

La expresión adecuada, a su vez, se puede presentar en forma de narración, de diario, de puesta a punto teórica. No hace falta decirlo todo –cosa por otra parte imposible cuando se está tratando con las prácticas–, con un saber a través de la experiencia: hace falta dejar vacíos, silencios, precisamente para indicar que, tanto en la vida como en la escritura, otra cosa puede sucederle al que vive, al que lee. De hecho, lo esencial de las prácticas se deja en parte traducir en palabras, pero es cierto que sólo en parte, por suerte para nosotras. La vida se salva por sí misma: en la vida, como en el lenguaje, otra cosa puede suceder sólo si se salvaguarda un espacio en el cual lo imprevisto pueda encontrar un lugar.

En este sentido, en el sentido de salvaguardar vacíos y silencios, se sitúan las propuestas de Lia Cigarini y de otras juristas milanesas de crear vacíos en el derecho existente, porque la diferencia femenina no se “tutela” ni con un exceso de normas, ni de derechos, ni de políticas para la igualdad de oportunidades, sino cultivando las relaciones entre mujeres con el fin de producir fuerza y autoridad femenina.⁷ Es en las relaciones entre mujeres donde se abre camino una modalidad de la libertad femenina, no como réplica del concepto de libertad elaborado por los hombres, sino como creatividad, como continua reinvención de una misma que, gracias a una mediación femenina, logra inscribir en el mundo su propio deseo.

No obstante, hay silencios y silencios. Hay un silencio femenino que deja que los hombres decidan por sí mismos sobre cuestiones importantes recurriendo, por ejemplo, a las armas y a la guerra. Este es un silencio peligroso. Salir de este silencio significa intensificar el intercambio entre hombres y mujeres, hacer oír con más fuerza la voz de la diferencia femenina. Pero hay también otro silencio que, en cambio, salvaguarda lo esencial, que hace entender que lo que se dice adquiere sentido a partir de un lugar secreto del cual se saca fuerza. De este lugar secreto no se puede hablar directamente, únicamente se le puede

hacer alusión, haciendo entender que lo que se dice no cubre el vacío, sino que nace precisamente del saber estar ante el vacío. Este último silencio yo lo interpreto positivamente, y lo veo como una manera femenina de salvaguardar la vida, de salvar lo esencial, de hacer entender que, en el fondo de todo esfuerzo por decir, hay escucha, atención, receptividad.

Creo que, actualmente, gran parte del silencio de las mujeres sobre cuestiones al orden del día en la sociedad y la política, puede ser interpretado como una objeción silenciosa al modo en el que los hombres plantean tales cuestiones, es decir, exclusivamente en términos de derechos, de normas, de reglas. Pero es una objeción silenciosa, que no incide en el modo en el cual la diferencia masculina se impone en la sociedad y en la política, de modo a menudo invasivo.

Pero hay también un silencio que, en cambio, es salvaguardia de algo que para muchas mujeres, como por ejemplo yo, es muy importante, algo esencial: la alegría de vivir, sin la cual la vida no tiene sentido, un soplo de libertad que nos permite no ser obstaculizadas por nuestro rol, una ligereza que nos permite no conformarnos con lo ya conseguido, sino ponerlo en peligro para que otra cosa pueda ocurrir y ocurrimos.

notas:

1. De Ávila, Teresa, *Libro de la vida*, en *Obras completas*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1997.
2. Weil, Simone, *Quaderni*, vol. IV, trad. it. a cargo de G. Gaeta, Milán, Adelphi, 1993, p. 396.
3. Cfr. Muraro, Luisa, *Le amiche di Dio. Scritti di mistica femminile*, Nápoles, D'Auria, 2001.
4. Lonzi, Carla, *Sputiamo su Hegel*, en *Sputiamo su Hegel. La donna clitoridea e la donna vaginale e altri scritti*, Milán, Rivolta femminile, 1974, p.59.

5. Cfr. Lonzi, Carla, *Taci, anzi parla. Diario de una femminista*, Milán, Rivolta femminile, 1978, p.81.
6. Zambrano, María, *La confesión: género literario*, Madrid, Siruela, 2001, p. 31.
7. Cfr. Cigarini, Lia, "Libertà femminile e norma", en *La politica del desiderio*, Parma, Pratiche, 1995, pp. 229-233.